

RANTOR POTHHA

Episodio I

“El Hijo puta Fantasma”

Hace un huevo de tiempo, en una galaxia lejos, pero lejos de la hostia...

Amenanzando con una nueva y terrible guerra, la Confederación de Grandes Superficies ha iniciado un nuevo bloqueo del planeta Bulo, sede de la Federación de Pequeños Comerciantes, con la intención de acabar con su competencia. Preocupado por la situación, el Senado se dispone a enviar en misión diplomática a dos caballeros Jetai, guardianes de la paz y la justicia en el universo...

Tengo que dejar este trabajo -dijo Wicot Morro dando otro sorbo a su jarra de cerveza. ¿Tú te crees? Un maestro Jetai como yo, con los años que llevo en esto... ¡Y me envían a una misión diplomática! Que vergüenza. Es que ya no hay respeto ni hay nada. El día menos pensado me paso al otro bando, hombre.

Unnn quejica...eso es lo que erres...-respondió Potha medio borracho.

Los dos personajes ofrecían un contraste más que curioso en el garito de mala muerte en el que estaban tomando la penúltima copa. Se conocían desde niños, y a pesar de haber mantenido una estrecha amistad sus carreras y caracteres se habían desarrollado por derroteros muy distintos. Uno, había llegado a ser todo un Maestro Jetai, a través de la disciplina, el trabajo duro y los enchufes, y se había convertido en una especie de chulo justiciero, que tenía más de boquilla que otra cosa. El otro, había degenerado en un lamentable mercenario obeso, famoso por su falta de higiene y por su afición a las pizzas y a frecuentar señoritas de baja alcurnia. El Jetai mostraba un aspecto pulcro y estirado, propio de su condición, vistiendo una túnica que cubría un más o menos musculoso cuerpo producto del entrenamiento y los esteroides, mientras que Potha lucía un raído chaleco negro sobre una camiseta en sus orígenes blanca, pero que ahora mostraba un tono amarillento. Por último, la barba de Potha, decorada con pequeños tropezones de múltiples orígenes, ponía la guinda al cúmulo de suciedad que su aspecto presentaba.

Ademass, menuuda passta que te vas a sacarr con la tontería essta...-afirmó Potha- Yo iría hassta el infiernno por esos créditos.

Bueno, eso sí –contestó el Jetai- pero como tenemos lo del voto de pobreza y de la no ostentación...pues ya sabes, tampoco te lo puedes gastar...tenemos que dar un aspecto de maestro que no necesita bienes y esas cosas.

Wicot estaba decidido a pasarse la noche anterior a la misión, bebiendo y deprimiéndose, pero de pronto, una genial idea, como todas las suyas, surgió de la aguda mente del Jetai. Quizás había una manera de librarse de la engorrosa misión. Y quizás esa manera estuviese sentada medio borracha frente a él.

El mercenario estaba en la ruina, como siempre, acosado por montones de deudas y acreedores, y no sería difícil sobornarlo para que aceptase un encargo que no era más que una simple negociación diplomática que hasta un tonto podría cumplir. En cuanto los de la Confederación de Grandes Superficies vieran que el Senado había recurrido a los Jetais para negociar, estaba seguro de que se cagarían de miedo. No habría ni que soltar palabra. Pues menuda era la fama de los Jetai cuando se les llevaba la contraria. Mil créditos, que era la paga del encargo, serían sin duda una irresistible tentación para Potha y convenientemente disfrazado, nadie notaría la diferencia en tan corto espacio de tiempo. Además, debía reunirse con el nuevo aprendiz de Wicot, que aún no conocía a su maestro. El plan era perfecto para escaquearse de una misión de segundo orden. Wicot ya se veía disfrutando de unas pequeñas vacaciones.

Mí querido amigo Potha –dijo el Jetai con una sonrisa maliciosa- tengo un negocio que proponerte.

El viaje había sido largo, pero ello no le había permitido al aprendiz de Jetai conocer a su nuevo maestro. Tras una escueta presentación, este había permanecido en el fondo de la nave sin decir palabra, en una muestra de meditación y autocontrol que habían impresionado al aprendiz hasta la médula. Johnny Kortado suspiró, deseando poseer algún día las habilidades de su maestro.

La realidad era, que Rantor Potha dormía bajo su capucha.

Horas antes, medio borracho, había aceptado la proposición de Wicot, su amigo maestro Jetai. Potha era un excelente mentiroso que se haría pasar por un Jetai sin problemas, y aunque estaba lejos de poseer las habilidades de las que alardeaba Wicot, lo cierto es que el ego de Potha si era tan grande, o incluso más, que el de un verdadero maestro Jetai. Además, según le había asegurado Wicot, sólo era una misión diplomática que no ocasionaría problemas y fuese como fuese, mil créditos valían la pena.

Maestro, hemos llegado –dijo el aprendiz dirigiéndose al Jetai. ¿Maestro? – repitió - ¡MAESTRO!.

¿Qué?, ¿eh? –exclamó Potha despertándose súbitamente.

Siento haber perturbado vuestra meditación, pero hemos llegado al bloqueo de la Confederación de Grandes Superficies al planeta Bulo, y tenemos permiso para descender a uno de los cruceros de guerra que lo rodean.

Eh...si claro. Ya lo sabía –mintió Potha. Bajemos pues.

El bloqueo estaba formado por cuatro cruceros de guerra que rodeaban el planeta. Tras recibir la autorización pertinente, la nave del Senado se introdujo en la plataforma de aterrizaje de uno de ellos bautizado "Prika", y los dos Jetai fueron conducidos a una sala, dónde un androide de protocolo les pidió que esperasen. En breve serían recibidos por el líder de la Confederación, responsable del bloqueo. Así pues, ambos tenían un momento para conocerse un poco mejor, dado que durante el viaje el maestro Potha no había estado "disponible". El aprendiz decidió romper el hielo.

Siento una perturbación, maestro – dijo Johny- pero no pertenece a este momento, sino a algo futuro.

¿Que? –dijo Potha mirando al aprendiz como si estuviese hablando con un imbécil-. Mira muchacho, déjate de gaitas y estate al loro. No me fío ni un pelo de esta gente.

Pero...el maestro Pujoll me dijo que debía prestar atención al futuro –protestó Johny.

Muchacho, no me toques los pies. Si yo digo que estés al loro, te estás al loro, y me importa tres pepinos lo que te haya dicho el maestro Pujoll ese. Aquí no hay más maestro que yo, y punto.

En el puente de mando del "Prika", Gorka Parian, el líder de la Confederación de Grandes Superficies esperaba una comunicación importante. Los alienígenas que formaban parte de la Confederación, eran amarillos y su color se tornaba más rojizo cuando se enojaban, y más blancuzco cuando se sentían asustados. En ese momento su color era el de un copo de nieve. De pronto, una figura holográfica apareció ante el, vestida con una túnica negra que no dejaba ver su rostro.

¿Qué coño pasa? –preguntó la figura.

¡Nos han mandado a dos Jetais para negociar!– protestó asustado Gorka, como si la figura holográfica tuviera la culpa de ello – ¡quieren forzar un acuerdo!

Escúchame, babosa incompetente –espetó la figura- vas a tranquilizarte y a seguir el plan. Desembarca tus tropas en Bulo como estaba previsto y mata a esos dos Jetai.

Pero...pero...

Ni pero ni nada –zanjó la figura-. Haz lo que te digo.

Está bien –respondió el alienígena, tomando un tono más amarillo- les serviré una bebida envenenada. Es sutil y efectivo.

Nada de eso. Utiliza gas. Su muerte será más espectacular y agonizante. Quiero que sufran –sentenció la figura con un tono siniestro.

En la sala de espera, Potha hubiera muerto varias veces si hubiesen envenenado la bebida, porque se tomó hasta el agua de los floreros. El aprendiz miraba distraído al techo, cuando de las paredes comenzó a salir gas.

¡Es una trampa maestro! –gritó Johny.

¡Me caguen la leche!, ¡pero si aún no hemos dicho nada! –protestó a su vez Potha aguantando la respiración.

En el exterior, doce androides perfectamente armados esperaban órdenes

Capitán droide –dijo el líder de la Confederación a través de un altavoz – abra la puerta. Quiero ser el primero en ver la expresión desencajada de esos Jetai.

No-sería-más-prudente-señor-esperar-algo-más-señor-sólo-han-pasado-treinta-segundos-desde-que-emitimos-el-gas –respondió la voz metálica del droide.

A mi no me llesves la contraria lata de sardinas que te reciclo inmediatamente. Que abras la puerta te he dicho. Es que hasta los puñeteros droides me discuten las órdenes, joder ya –murmuró para sí Gorka desde el puente.

Usted-mismo-señor.

Cumpliendo sus órdenes, el droide abrió la puerta. De pronto, una figura apareció sable láser en ristre, y empezó a convertir en chatarra a los droides que esperaban al otro lado. Mandoblazo por aquí y por allá, el Jetai desviaba los disparos de los rifles láser enemigos con su propio sable, y en un momento acabó con todos. Poco después, aparecía Potha, completamente mareado, con unos colgajos de vómito adornándole la barba. El gas siempre le hacía vomitar.

Como ves, no se puede respirar gas y luchar al mismo tiempo –dijo Potha dirigiéndose al aprendiz en tono paternal.

Ejem...ya veo, maestro.

Espero que hayas aprendido esta valiosa lección.

Eh...claro maestro –respondió Johny confundido.

En el puente, Gorka estaba naranja. Doce droides costaban una pasta y ese Jetai se los había hecho picadillo justo dos días después de caducar la garantía. Pues se iba a enterar hombre. Al rato, dos droides más, estos mucho más grandes y armados hasta los dientes aparecieron por el pasillo y tras el sabio consejo del maestro Potha, los dos Jetai decidieron dar la vuelta y seguir avanzando. O sea salir por patas.

Desgraciadamente, cuando llegaron a la bodega de despege, Potha y Johny descubrieron que su nave había desaparecido. En su lugar, un contingente de androides de combate y otras máquinas de guerra parecían dispuestas a ser desembarcadas en el planeta.

Así que era esto –afirmó el aprendiz mientras se ocultaba en una esquina – van a invadir Bulo. ¡Debemos ir a su capital y avisar a la Reina Amigdalas!

Potha miró a su alrededor y sopesó las opciones. Una, seguir en el crucero en el que tarde o temprano les encontrarían, y dos, bajar al planeta, un sitio mucho más amplio en el que esconderse y en el que quizás encontraría una nave con la que abandonar el embrollo en el que se había metido. Menuda jugada la del liante de Wicot, pero ya le ajustaría las cuentas, ya...nada de mil créditos. El Jetai no se iba a escapar por menos de dos mil. Sin incluir daños y perjuicios.

Ajeno a los interesados pensamientos de Potha, Johny esperaba la sugerencia genial de su maestro con respecto a la situación actual. Potha decidió seguir con la farsa hasta que llegase el momento de escaquearse.

Eh... ¡Así es! ¡Eso mismo iba a proponer yo! –exclamó el mercenario triunfal-. Nos separaremos y trataremos de llegar hasta la capital del planeta este... Surro o Turro...o...

Bulo –corrigió Johny.

Lo que yo decía, Bulo. Nos veremos allí, muchacho.

Una cosa más –añadió-. Sobre todo, tú no me busques, yo te buscaré a ti.

En el planeta, la Reina Amigdalas, tras hora y media de maquillaje y dos más poniéndose el vestido, decidió recibir al consejo. El Consejero Real y Julius Nox, el jefe de seguridad, aparecieron ante ella. Ambos eran veteranos en sus respectivos puestos, y les parecía humillante tener que rendir cuentas ante una malcriada niña de trece años.

¿Y bien? – Exclamó irritada la reina-. ¡Estaba viendo el canal "Fashion" y se ha cortado la transmisión! ¿Quién es el responsable de esto?

Milady...la Confederación de Grandes Superficies nos ataca, y han bloqueado las comunicaciones –respondió presuroso el Consejero, un hombre bajito, mayor y con perilla.

Bueno, pues acabad con ellos y restablecedlas antes de las ocho. Que tengo un especial de tocados que va a ser total.

Esto...mi Reina –musito Julius- hay un problemilla con el ejército...

¿Quién es este? No sabía que los chóferes tuviesen representación en el consejo – interrumpió la Reina aludiendo al uniforme del jefe de seguridad.

Julius odiaba su uniforme, que por su diseño increíblemente hortera, siempre le llevaba a las situaciones más ridículas. Todo el mundo le confundía con el cartero, el conductor del autobús o un repartidor de pizzas, pero nadie le reconocía como el jefe de seguridad, lo que le irritaba profundamente.

Es el jefe de seguridad, mi Reina –afirmó el Consejero.

Estupendo me parece ¿Cuándo vais a restablecer las comunicaciones?

Eh...me temo que nos vamos a tener que rendir –dijo el Consejero.

¿Como? ¿Y mi ejército? –preguntó irritada la Reina.

Pues cuando han visto el tamaño del ejército enemigo...han salido corriendo gritando maricón el último –respondió el jefe de seguridad mirándose las botas.

Esto va a ser fatal –dijo la reina.

No muy lejos de allí, los tanques antigraavitatorios ultimo modelo del ejército de la Confederación de Grandes Superficies avanzaban pesadamente por el bosque cercano a la capital de Bulo, derribando árboles y vegetación a su paso. Sin saber como, Potha había acabado corriendo delante de uno de estos tanques que había aparecido a sus espaldas tras aplastar la espesa maleza. El espectáculo de ver las mallas de Potha bailando alrededor de su enorme estómago era simplemente impresionante, y en aquél momento no se sabía cual de los dos elementos de la escena se merecía más la denominación de "mole", si el tanque o Potha. Fuera como fuese, el mercenario seguía corriendo para evitar se arramblado por el tanque cuando una especie de bicho con dos orejas enormes se puso en su camino gesticulando y soltando palabras incongruentes.

¡Mi no chafado! ¡Yo miedo! –dijo la criatura histérica.

¡Apártate de mi camino maldicho bicho! –gritó Potha mientras resoplaba y sudaba copiosamente.

Lamentablemente para el bicho, su estado de histeria le impidió hacerse a un lado, con lo que fue aplastado por la barriga de Potha, que cayó sobre él, pasando después el tanque antigravitatorio por encima de las cabezas de ambos. Asfixiado por el peso de la barriga del mercenario, el bicho trataba de zafarse, pero sólo lo logró cuando, una vez que el tanque se había alejado, Potha se levantó del suelo.

¡Tu gordo! –gritó la criatura dolorida.

El mercenario sintió una oleada de asco cuando observó a la cosa que había atropellado con la prominente barriga. Desde luego, la naturaleza cometía en ocasiones unos errores tremendos –pensó el mercenario después dar un vistazo a la criatura, que sonreía estúpidamente.

En el momento en que Potha se estaba preguntando si el universo permitiría que semejante bicho se reprodujese algún día, apareció Johnny

¡Maestro! ¡Cómo me alegro de verle! ¿Que es esto? –preguntó aludiendo al bicho

Mi llamar Mezz Repulzaz –dijo el bicho. Gordo salvar vida mía. Deuda tener yo.

Pasa de él –dijo Potha con desdén – tenemos que encontrar la capital.

Sitio seguro ciudad de dónde vengo es –intervino Mezz. Bajo agua estar.

Umm...tal vez podríamos lograr aliados para la Reina Amigdalas allí, maestro.

Potha se quedó mirando al bicho, que le daba más asco conforme más tiempo pasaba con él, y se preguntó como cojones podía una porquería de animal como ese ayudar a la Reina. Luego pensó que el ejército de los Droides llegaría antes que ellos a la capital, y que tal vez, sería mejor llegar un “poquito” tarde. Para evitar el follón, más que nada. Si yendo con Mezz a su ciudad perdían algo de tiempo, pues entonces estupendo.

Está bien. Sigamos al bicho.

Tras un corto viaje y guiados por Mezz, los dos Jetai llegaron a la ciudad submarina. Los Jetai disponían de módulos Geiper último modelo que permitían respirar bajo el agua, así que no tuvieron ningún problema. De este modo, pronto fueron llevados en audiencia ante el líder de los bichos, como los llamaba Potha. El Rey, o lo que fuese, parecía bastante disgustado de ver a Mezz, pero atendió a los Jetai.

¿Qué querer tú? –dijo el Rey, que tenía el aspecto de un repulsivo sapo gordo.

Potha pensaba dejar hablar al aprendiz, pero este le miró, sin duda esperando disfrutar del increíble discurso que un maestro Jetai soltaría en aquellos momentos críticos. El mercenario suspiró y decidió tomar las riendas de la conversación.

Oye, bicho...Rey sapo...eh...bueno, lo que sea. Seré breve. Un par de cuestiones: Primera, un ejército Droide está invadiendo la superficie de vuestro planeta. Antes o después se pasarán por aquí a daros una patada en el culo, por lo que considero inteligente que os unáis a la Reina Amigdalas en la defensa de Bulo. Y segunda, quisiéramos obtener un transporte que nos lleve a la capital del planeta este.

A nosotros no importar superficie ni Reina Amigdalas que ser muy pija. A nosotros importar dos pimientos lo que pasar a esos melones. Que se jodan.

Formáis un círculo -intervino el aprendiz con solemnidad- lo que les pase a ellos, os afectará a vosotros.

Paso total -dijo el Rey-bicho- vosotros aburrir, vosotros largar.

La negociación iba muy mal, y a Potha se la traía floja y pendulona lo que le ocurriese a la Reina Amigdalas y compañía, con lo que decidió concentrarse en el transporte.

Vale, si pasáis de la Amigdalas esta, pues estupendo -dijo Potha sin poder disimular su pasotismo- cuando bajen aquí las latas de sardinas que pululan el planeta, ya veréis, ya...bueno...y hablando de cosas serias ¿Lo del transporte qué?

Johny miró sorprendido a Potha, considerando que los esfuerzos de este habían sido más bien escasos para lograr una alianza con la Reina Amigdala. Sin embargo, el "maestro" le hecho una mirada del estilo "tu cállate aprendiz imberbe, que yo sé lo que me hago" y Johny no dijo palabra. Al fin y al cabo sólo era un aprendiz... ¿cómo podía el comprender las delicadas maniobras que su maestro estaría utilizando?

Sólo con poder ver tu culo salir de mi ciudad yo dar transporte pero ya. Adiós gordo y compañía -dijo el Rey acabando con la conversación.

Una vez conseguido el transporte, a Potha no le quedaba nada más que negociar y se dispuso a abandonar la estancia. Un momento antes de salir, Johny, sin comprender aún la estrategia de su maestro para lograr la alianza, decidió olvidarse del tema y sugirió que un guía podría ser muy útil en la travesía hacia la capital. Tras poner cara de asco ante la perspectiva de tener que pasar más tiempo con Mezz, el maestro Jetai se dio cuenta de que Johny tenía razón.

Otra cosa más -dijo Potha sin ganas- nos gustaría llevarnos de guía al bicho este...eh...a Mezz.

Estupendo ser. Todos odian a Mezz aquí. Todos odian a Mezz en planeta. Sabios nuestros decir universo entero odian a Mezz. Tú deber ser capullo enorme para querer llevar Mezz. Todo pa ti majo.

En la capital, la Reina Amigdalas se puso el traje de derrota para recibir al líder de la Confederación de Grandes Superficies.

A pesar de tener que poner cara de circunstancias, Amigdala estaba muy contenta. Tenía pocas ocasiones de lucir ese vestido que era todo negro, y que le hacía más delgada. Sin duda era un conjunto muy chic.

El líder de la Confederación apareció por fin, entrando en la estancia con su rostro desecho en todas las sonrisas.

Alteza -dijo educadamente Gorka mientras entraba en la habitación de la Reina- es hora de irnos. Hay un tratado que tenéis que firmar.

Ya veréis cuando cuente esto en el Senado. Os vais a cagar -amenazó la Reina.

Haciendo caso omiso de la irritada observación de la Reina, frustrada ante el panorama de no poder ver el programa de tocados del canal Fashion a las ocho, Gorka la condujo a la escolta que la llevaría a ella, a su consejero y al jefe de seguridad a la celda donde esperarían hasta el momento de firmar el tratado. Satisfecho ante como habían salido las cosas, el alienígena abandonó a la escolta para ocuparse de cosas más importantes.

Mientras tanto, los Jetai y Mezz habían llegado a la ciudad, y se habían adentrado en el palacio de la Reina, siguiendo las sugerencias de Johny. Seguido por ambos, el aprendiz se movía con rapidez y agilidad por las estancias y pasillos de palacio, y su buen hacer evitó que se topasen de morros con la escolta de la Reina que dobló de pronto la esquina del pasillo por el que avanzaban.

¡Es la Reina! - Exclamó Johny entusiasmado ocultándose tras una columna- ¡debemos rescatarla!

Potha echo un vistazo. Ocho Droides. Mal rollo.

Mira muchacho, la situación táctica aconseja...-empezó Potha, pero el aprendiz ya se había lanzado al ataque, a mandoblazo limpio con el sable.

Me caguen la leche -dijo Potha.

El combate fue corto. Mezz no hizo absolutamente nada, Potha estorbó utilizando por primera vez el sable de luz, que desde su punto de vista era muy chulo pero a él que le

diesen su rifle láser de siempre, y Johny alias "la picadora de carne" hizo migas a la totalidad de la escolta en un tiempo récord, tan concentrado en el combate, que no se fijó en el, digamos mediocre, comportamiento de su "maestro".

¿Estáis bien, Reina Amigdalas? –preguntó Johny.

Si...si... ¡ya era hora! Me estaba preguntando cuando me rescatarían. ¿Dónde está el resto?

¿El resto de qué? –dijo Johny confundido.

Pues del ejército que viene a liberar mi capital, por supuesto.

Mira niñata –intervino Potha- ni ejército ni leches. Sólo somos nosotros.

¡Eh! ¡Habla con más respeto a la Reina! –espetó Julius a Potha.

¿Quien es este, el conductor del autobús?

¡Soy el jefe de seguridad!

Parecer cartero –dijo Mezz.

¡No tenemos tiempo para esto! – Exclamó el Consejero de la Reina apremiando al grupo-. Debéis ir a Compossan para exponer lo ocurrido al Senado. El Senador Patipati os apoyará cuando expongáis el caso. Dirigíos a la cubierta de transportes y escapad del planeta.

Esa si que es una buena idea –dijo Potha.

La captura de la nave transporte que les permitiría escapar, se llevó a cabo sin demasiados problemas. De nuevo, un grupo de una docena de Droides trató de impedirles el paso, pero los dos Jetai y Mezz formaban un equipo imbatible. Mezz miraba, Potha se entretenía probando las múltiples funciones de que disponía el sable láser y "picadora de carne" Johny, hacía trizas a los caros y fuera de garantía, Droides de la Confederación de Grandes Superficies.

Salir del planeta fue sencillo, pero escapar del bloqueo de los cruceros de la Confederación no fue cosa fácil. Nada más verlos, el "Grankasa" abrió fuego y la nave transporte quedó dañada. De no ser por la increíble habilidad-potra que tuvo un pequeño androide de reparaciones, no hubieran logrado escapar. A pesar de todo, la nave había quedado dañada, y no sería posible dirigirse directamente a Compossan, sede del Senado.

Creo que deberíamos dirigirnos aquí –dijo el aprendiz de Jetai señalando con el dedo un planeta de los mostrados por el monitor- a Xoygincho para efectuar reparaciones. El planeta es pobre y está fuera de la influencia de la Confederación –indicó Johny.

¡Ese planeta está lleno de gentuza, la Reina no puede bajar ahí! –exclamó Julius, comprobando como su comentario era ignorado por todos, que le confundieron con un repartidor de pizzas polizón.

Muy bien –dijo ofendido saliendo del puente de mando de la nave en dirección a los aposentos de la Reina-. Ya veréis cuando se lo cuente a su excelencia.

Potha y el jefe de seguridad llegaron al mismo tiempo a los aposentos de la Reina. Julius llevaba con él al androide de reparaciones que había salvado la nave. A la Reina le encantaban los actos en los que se reconocía el valor de alguno de sus súbditos que se había destacado por su arrojo, principalmente, por que le permitían ponerse su traje de condecorar, que era uno de sus favoritos todo rojo él. En este caso el súbdito era un androide, pero el jefe de seguridad pensó que podría valer.

Mi Reina –dijo con tono heróico – este androide nos ha salvado la vida arriesgando con valor la suya propia.

¿Y bien? –preguntó la Reina.

Bueno...se me había pasado por la cabeza que quizás querríais mostrarle vuestro agradecimiento de algún modo...

¿Tú estás tonto? ¿Quieres que le ponga una medalla a un androide? ¿Por qué no me traes también a la tostadora y al microondas para darles las gracias por sus servicios de años en la cocina? Dioss...es que estoy rodeada de horteras incompetentes.

Captando la clara alusión a su uniforme, el jefe de seguridad decidió cerrar el pico. Evidentemente, su maniobra de peloteo había acabado con una monumental cagada. Potha, tras presenciar como el pobre Julius hacía el ridículo, utilizó su habitual sentido del tacto para comunicarle a la Reina que deberían detenerse en Xoygincho para efectuar reparaciones. La Reina protestó enérgicamente, y Potha la mandó a hacer puñetas.

Mientras tanto, Gorka Parian, ya había recibido la noticia de que la Reina Amigdalas había escapado y se había puesto en contacto con la figura holográfica que le había ordenado el asesinato de los dos Jetais. La figura había dicho que me caguen la puta, que es que lo tengo que hacer siempre yo todo, y le había presentado al individuo que se iba a encargar de encontrar a la princesa Amigdalas. El Jetai negro, Hornful Kuernoshungo. Tras terminar la comunicación, el líder de la Confederación había cogido

un color blanco como la leche, y se había estado dando pequeños cabezazos contra la mesa repitiendo que quien le mandaba a él meterse en aquellos fregaos.

El transporte aterrizó a una distancia prudencial de la principal ciudad de Xoygincho. Las reparaciones necesitarían de varias piezas que sólo podrían encontrar en la ciudad, por lo que Potha decidió dirigirse al lugar, a pesar de que el lugar fuese un nido de contrabandistas y ladrones. Johny, que se quedaría en la nave por si aparecían problemas, había insistido tanto en que se llevase a Mezz como guardaespaldas, que Potha había aceptado sólo para que se callase, siguiendo con la farsa de maestro Jetai que parecía que se iba a alargar muuucho tiempo. Fuese como fuese, cuatro ojos verían más que dos en la peligrosa ciudad, aunque fuesen los del bichejo ese. El "maestro" Jetai marchaba varios metros por delante de Mezz y del androide de reparaciones que se había llevado para seleccionar las piezas, cuando el jefe de seguridad bajó de la nave.

¡Maestro Jetai!, ¡la Reina ordena que una de sus damas os acompañe en la visita a la ciudad!

Me toca los pies lo que ordene la Reina –respondió Potha– pero por mí que la damita venga si quiere. Si luego la violan o la matan, o las dos cosas, a mí no me vengáis con monsergas.

Seyla Kueendyncognito, que era como se llamaba la dama de la reina, tragó saliva y se unió al grupo que se dirigía a la ciudad. Sólo tenía trece años, pero la chica parecía tener carácter. Mezz la saluda cordialmente, pero la dama le respondió con un "hola bicho repulsivo", lo que le hizo deducir a Mezz, que le había caído mal, cosa que por otra parte, le ocurría con todo el mundo.

La ciudad era un lugar sucio, decadente y lleno de gentuza, tal y como había predicho Julius. Potha se sentía en la gloria. Aquello era como estar en casa. Enseguida encontraron una especie de basurero gigante que, según les habían dicho, era el mejor lugar dónde buscar cuando se querían piezas para reparaciones. El maestro Jetai, Mezz y Seyla entraron en la destartalada casa que debía servir de oficina al regente del basurero. En el interior, atendía un precioso niño de ojos azules y de pelo rubio perfectamente peinado, que contaría con unos diez años. Tenía el aspecto de ser un chaval despierto, inteligente y con un montón de cosas que preguntar sobre el mundo. A Potha le entraron ganas de darle una hostia nada más verlo.

Hola –dijo el niño dirigiéndose a Seyla. ¿Eres un ángel?

Las sospechas de Potha se confirmaron. Era un adorable niño ponzoña.

Voy a ver si el jefe de este crío está en el interior –dijo Potha con desgana-. Mezz y Seyla, quedaos aquí y esperadme.

¡Yo querer negociar! ¡Mi gustar negocios! –protestó Mezz.

Potha le respondió con una mirada que decía “o te quedas aquí o te tragas la mitad de la chatarra del basurero” y a Mezz se le quitaron las ganas de negociar de golpe. Era increíble la cantidad de cosas que decían las miradas de Potha.

¿Eres un ángel? –volvió a preguntarle el niño ponzoña a Seyla, mientras Potha abandonaba la habitación.

¿Tú crees, que si yo fuese un ángel, estaría en este cochambroso planeta hablando contigo? –respondió Seyla, a la que la pregunta le había parecido una estúpida cursilada.

Me llamo Kein Sufrivle –dijo el niño ignorando la cortante respuesta de Seyla.

En el interior, Potha había encontrado por fin al propietario del basurero, un alienígena marrón de aspecto desagradable, que fumaba tabaco negro. El mercenario recordó que la negociación era vital para largarse de aquel polvoriento planeta, así que decidió comportarse como un Jetai por una vez, y adoptó una postura regia e imponente, o al menos, todo lo imponente que el obeso cuerpo de Potha permitía.

¿Qué cosa quiere? –preguntó el alienígena marrón con un curioso acento musical.

Ehem...represento a una expedición diplomática que...

Dosientos créditos –interrumpió el alienígena.

¿Qué?

Dosientos créditos para reparar el carro espacial que les dejó tirados acá. A ver si no que cosa iban a hacer ustedes en esta mierda de planeta, digo cho.

Doscientos créditos era una cantidad muy razonable, que les permitiría salir del planeta en pocas horas. Sin embargo, Potha recordó su supuesta condición de maestro Jetai. Quizás pudiese lograr un descuento, y quedarse con la diferencia. Al fin y al cabo, la Reina era muy rica y Potha muy pobre. Sólo era un pequeño reajuste de riqueza.

Bien...ese precio está bien para la gente corriente...pero es algo elevado para alguien como yo –dijo Potha mostrando su sable láser que colgaba del cinto.

¡Un sable laser! – Exclamó el alienígena- ¡Entonces... eres un Jetai!

Y no un Jetai cualquiera, todo un maestro Jetai –dijo Potha satisfecho.

Bueeeno...pues ahora no te voy a vender las piasas, claro.

¿Me las vas a regalar? –preguntó Potha incapaz de creer su suerte.

Nooo...que no te las voy a vender, boludo, ni a dar, ni nada. Odio a los Jetai con todas mis fuersas. Os odio. Con vuestros modales y vuestra pretendida superioridad...me dais asco, pibe. Y nadie más dispone de estas piezas en el planeta, así que vete preparando para pasar una larga temporada por acá –añadió sonriendo-. Y ahora te me largas, mushasho.

Potha se quedó blanco. Aquello no era una cagada. Aquello era la reina de las cagadas. Tras amenazar, negociar y finalmente implorar al alienígena que le vendiese las piezas, la conversación acabó con un “me caguen tus muertos” por parte de Potha que salió cabreadísimo hacía la oficina en la que esperaban Mezz y Seyla, a la que el niño ponzoña había estado dando la vara incansablemente.

¿Irnos del planeta ya? –preguntó Mezz sonriendo, un segundo antes de tragarse el puño de Potha.

A las afueras de la ciudad, una oscura y siniestra nave había aterrizado. Hornful Kuernoshungo había seguido su instinto de Jetai Negro y estaba convencido de tener a la Reina Amigdala a punto de caer en sus garras. El aspecto de Hornful era el de el tipo de persona a la que no te gustaría encontrarte a las cinco de la mañana cuando vuelves de marcha y no hay ni dios en la calle. Los Jetais Negros siempre sufrían duras transformaciones al recibir sus poderes, y Hornful no era una excepción. Su piel se había vuelto negra, sus ojos rojos y unos pequeños e incómodos cuernos le había aparecido en el cráneo, eso sin contar que se había quedado totalmente calvo. No era de extrañar que los Jetais negros fuesen crueles y despiadados, y siempre estuviesen de mala hostia. No se podía estar contento viendo semejante careto en el espejo cada mañana.

Mientras Hornful Kuernoshungo se alejaba de su nave en dirección a la ciudad, Potha y compañía meditaban desesperados como conseguir las piezas necesarias para salir de aquel apestoso planeta. De pronto, Kein, el niño ponzoña, apareció corriendo desde el basurero y les sacó de sus estériles cábalas.

¡Señor, señor! ¡Mi amo me ha dicho que sois un Jetai! ¿Es eso verdad? –preguntó el muchacho entusiasmado.

Maestro Jetai, niño. Un respeto –espetó Potha.

¡Eso es maravilloso! ¡Seguro que habéis venido a liberar a los esclavos como yo, que sufrimos en esta horrible ciudad!

Ni de coña, chaval. –dijo Potha drástico. Y no molestes. Aquí los mayores tenemos cosas importantes de que hablar. Seguro que tu mami te anda buscando.

No tengo padre ni madre, señor –respondió Kein tristemente.

Ya sabía yo que este niño era un aborto –afirmó Potha.

Aquél no era precisamente el tipo de maestro Jetai, justo y sabio, que Kein había leído en los libros, y de los que había oído hablar en las tabernas. Aquél era un tipo gordo y guarro que además tenía una considerable mala leche. Sin embargo, esa gente necesitaba las piezas de su amo, y quizás fuesen su pasaporte de salida de Xoygincho.

Yo podría ayudarles a conseguir esas piezas –dijo de pronto Kein, ante el asombro y posterior descojonación de Potha, Seyla e incluso Mezz, que reía más o menos como hablaba, o sea, de forma estúpida.

Tras calmarse el ataque de risa general, resulto que Kein era un niño inquieto que en su tiempo libre se dedicaba a jugar a la pelota y los martes y los jueves a diseñar un Supervehículo Antigravitatorio con el que esperaba poder participar algún día en las carreras que causaban sensación en Xoygincho. El muchacho propuso que él tomase parte en la próxima competición, y que Potha y su amo, el alienígena marrón de acento musical, apostasen respecto al resultado. Su amo era un ludópata empedernido, y una apuesta le resultaría irresistible. Si él ganaba, el niño quedaría libre y los Jetai recibirían las piezas. Si perdía, su amo se quedaba con la nave de los Jetai. A Potha le echaba humo el cerebro de tanto pensar como lograr esas piezas, con lo que la proposición le pareció razonable, y decidió acudir en solitario al basurero a negociar. Al fin y al cabo, la nave no servía para nada sin aquellas piezas.

Que sorpresa, otra vez vos por aquí –dijo el alienígena.

Pues sí. Tengo un negocio que quizás te interese. Una apuesta.

Vaya... sigue. Te escuchó –dijo el alienígena con un repentino brillo en sus ojos.

Tu sirviente...eh... Kein Sufnosequé...

El niño repelente –dijo el alienígena.

Eso. El niño este va a correr en la próxima carrera de Super-Vehículos. El trato es simple –dijo Potha seguro de que al alienígena le interesaría- si él gana, nos llevamos nuestras piezas y al chaval. Si pierde, te quedas con nuestra nave.

No es suficiente.

¿Que? –exclamó Potha exasperado.

Si apostase con otro, quisás –explico el alienígena- pero tu eres un Jetai, me caes mal, y es mi deber putearte si quiero ser coherente. Tengo que salir más beneficiado en el trato. Compréndelo. Es cosa de principios.

Me caguen la leche, me caguen la puta y me caguen todo –dijo Potha.

Momentos después Potha había logrado cerrar el trato realizando algunas pequeñas concesiones. Mientras abandonaba el basurero, el intercomunicador sonó. Era Johny.

¿Cómo va todo, maestro?

Sin problemas –dijo Potha triunfal- el comerciante local se había negado a proporcionarnos las piezas, pero me las he arreglado para conseguir que se las juegue.

¿Que se las juegue? –preguntó Johny sin comprender.

A las carreras, muchacho –explicó Potha. Si ganamos nosotros, nos quedamos con las piezas. Una idea genial ¿eh? Como todas las mias. Recuerdo una vez que...

¿Y si perdemos? –interrumpió Johny con tono preocupado.

Bueno eso es lo de menos –respondió Potha volviendo a la realidad.

Me gustaría saberlo –dijo Johny.

Nada importante, en serio.

Insisto –repitió Johny.

Bueno...eh...la nave. Eso es. Le tendremos que dar la nave. Ehem. Si.

El fino instinto de Jetai de Johny le dijo que Potha no decía toda la verdad.

¿Y que más? –preguntó Johny.

Ehem...pues...um.... Bueno. Coño ya –dijo Potha cansado de dar rodeos-. Le entregaremos a la Reina y a sus damas para su har em personal.

¿¡¡QUE!!? –gritó Johny

¡Pero no te preocupes! – Aseguró Potha rápidamente- ¡No podemos perder! ¡Nuestro piloto es un genio!

¿¡Quién es nuestro piloto!? –preguntó de nuevo Johny al borde del colapso.

Eh...es un poco joven

¿Cómo de joven? –inquirió Johny recuperando momentáneamente la calma.

Um...diez años. Aunque creo que cumple once el mes que viene.

Johny se desmayó.

El ambiente en las gradas que presidían la salida de la carrera era impresionante. El griterío de los contrabandistas y ladrones y de los alienígenas más absurdos que se pudiera uno imaginar, era ensordecedor, e iba en aumento conforme los corredores se colocaban en sus puestos con sus Supervehículos. En las gradas, Mezz y Seyla comían cacahuetes y se disponían a disfrutar del espectáculo, ajena esta última a su destino en caso de que Kein Sufrivle perdiese la carrera. Potha no había llegado todavía, mientras que Johny, que había acudido urgentemente desde la nave, incapaz de esperar a que le comunicasen el resultado de la apuesta, escrutaba con sus binoculares a los corredores, esperando ver al niño que les representaba. Estaba furioso y desconcertado al mismo tiempo. No comprendía como su maestro se había arriesgado tanto, pero por otro lado, creía firmemente que tendría alguna razón para ello. Al fin y al cabo era un maestro Jetai, y ese rango no se lo daban a cualquiera. Entonces, el niño apareció con su reluciente Vehículo Antigraavitatorio, y una punzada atravesó de punta a punta el sentido Jetai de Johny. Aquel chaval no era un niño cualquiera. Había algo especial en él, un brillo, un destello...ese aura especial que sólo se puede leer en los que están destinados a lograr grandes metas. Quizás, incluso un futuro Jetai en potencia. De pronto, Johny lo vio claro. Esa era la razón por la que su maestro había confiado ciegamente en aquél niño de diez años. Era un ser especial. Si alguien de corazón puro podía ganar la carrera aquél día, ese era Kein. Satisfecho, Johny se dispuso a disfrutar del espectáculo y sonrió. Tenía mucha suerte de contar con un maestro tan sabio.

La luz verde del indicador de salida se iluminó con Potha aún ausente del graderío, y la carrera dio comienzo. Johny miró de nuevo al pequeño piloto por el que tanto se arriesgaban. El niño ponzoña estaba precioso con su casco y gafas de piloto-baby y su Supervehículo Antigraavitatorio relucía reflejando los rayos del sol de aquél caluroso día. "Sin duda es un muchacho excepcional" –pensó Johny.

Kein puso en marcha el motor de su Vehículo y cogió velocidad a lo largo de la recta de salida, escuchando los vítores del público y disfrutando de la gloria del momento.

Después, se estampó contra la pared de la primera curva.

Johny se había desmayado de nuevo, así que fue Seyla la que contestó a la llamada del intercomunicador del aprendiz de Jetai. Era Potha.

Salid de la carrera cagando leches y venid a la nave.

Pero ¿Y la apuesta..?. –empezó a decir Seyla.

Ehem...sí eso. ¿Va ganando el niño ponzoña?

Se acaba de estampar en la primera curva.

Lo suponía –dijo Potha que no parecía sorprendido- no os preocupéis por las piezas, las he robad...conseguido por otros medios.

¡Eso es genial!, pero ¿que hacemos con el amo del niño? Supongo que querrá cobrar nuestra deuda.

Si bueno... ¿Te suena el término “impagados”?

Mezz, Seyla y Johny avanzaban pesadamente por el desierto que rodeaba la ciudad de Xoygincho de la que huían furtivamente sin haber pagado la apuesta al irritante alienígena marrón de acento musical. Johny llevaba en sus brazos a Kein, que sorprendentemente, había resultado ileso de su colisión en la curva. Había salido despedido de su Vehículo Antigravitatorio tras el choque, dándose un descomunal guantazo que le había roto la mitad de los dientes. Pero a parte de eso y un par de huesos rotos, no sufría ninguna contusión grave. Johny había decidió llevárselo con él a la nave. Además de liberar a un esclavo, cosa muy honorable para un Jetai, estaba seguro que el chico tenía algo. Dos Jetais, o sea, él y su maestro, no podían equivocarse en algo así...a pesar del decepcionante resultado de la carrera, que sin duda había sido provocado por un fallo técnico en el Supervehículo. Cualquiera podía tener un día de mala suerte.

Tras recorrer una corta distancia, que sin embargo se les hizo eterna, el grupo divisó la nave. Por fin iban a abandonar aquél polvoriento basurero y continuar su viaje a Compossan. Sin embargo, cuando ya casi habían llegado, una figura apareció montada en un pequeño vehículo volador. Era Hornful Kuernoshungo, que se aproximaba a gran velocidad, enarbolando su sable láser con su habitual mala leche.

¡Id a la nave, pronto! –gritó Johny, esgrimiendo a la vez su sable.

Mezz y Seyla, está última con Kein en los brazos, lograron eludir al Jetai Negro, que fue inmediatamente atacado por Johny, y subir a la nave. El combate era terrible, y desigual. Johny era realmente bueno, pero no parecía ser rival para el Jetai Negro. Pues sería cojonudo, volverse negro, con los ojos rojos y que le crezcan a uno los cuernos para luego ser menos poderoso que un aprendiz de Jetai corriente y moliente. Menuda putada.

¡Marchaos sin mí! – Gritó Johny por el intercomunicador a Potha – ¡Yo le entretendré mientras escapáis!

Potha tardó medio segundo en activar la nave para salir pitando. Estaba claro que lo de ser un héroe estaba hecho para otros. Johnny vio como la nave comenzaba a elevarse y se dijo si no habría precipitado un poquillo. La frase le había quedado de puta madre, pero para la posteridad. Seguramente no sería demasiado deshonorables, digamos...replegarse. Sí, ese era un gran término. Retirarse a posiciones estratégicamente preestablecidas. No era huir. Era una inteligente táctica Jetai.

Al segundo siguiente Johnny subió a la nave, que sólo se había elevado unos metros, dando un salto tan fuerte como pudo, dejando al Jetai Negro en el suelo, con un palmo de narices.

En Compossan, el senador Patipati se miró al espejo. Era increíble lo bien que le quedaban aquella capucha y aquella túnica oscura. Era amenazador que te cagas. Patipati era un villano con estilo. No sólo urdía complicadas tramas políticas, sino que además se había creado una personalidad fantasma. En público, era el respetado senador que luchaba por defender los derechos de la insignificante Federación de Pequeños Comerciantes de Bulo, pero en privado, era una figura holográfica sin nombre, que hacía tratos y conspiraba con otros sistemas más poderosos en su propio beneficio.

Patipati sólo sufría la mediocridad en su objetivo final: La conquista y dominio del universo. El senador había tratado de buscar algo más original o impactante, pero todo lo que se le había ocurrido resultaba aburrido y poco interesante, así que decidió que sería un villano típico en aquél respecto. No se podía ser genial en todo.

Aquél iba a ser un día importante. La Reina Amigdalas había escapado del ataque del Jetai Negro, aliado de Patipati, y había llegado hacía pocas horas en su transporte al espacio puerto de Compossan. Hoy deberían dirigirse al Senado, para denunciar la invasión de la Confederación de Grandes Superficies. A Patipati le sacudió un escalofrío de placer. El, que había incitado la invasión, se disponía ahora a denunciarla junto a la Reina, con su personalidad de Senador. Pero lo mejor de todo, era que la Reina Amigdalas ni siquiera iba a poder pisar la augusta sala Senatorial. En lugar de protagonizar una memorable audiencia con los eruditos del Senado, la Reina se iba a encontrar con una montaña de papeleo, tramites y funcionarios, que desanimarían rápidamente su espíritu de niña malcriada e impaciente, acabando así, con toda posibilidad de liberación para el planeta Bulo.

La verdad es que Patipati no sabía muy bien porqué había montado todo aquel frascal, pero el Senador pensaba que el único modo de convertirse en un villano con aspiraciones a conquistar el universo, era putear a la gente. Y sólo mediante la práctica se llegaba a ser un profesional.

En el espacio puerto, el grupo de los Jetai había desembarcado ya. La obligación de todo Jetai al llegar a Compossan era acudir ante el Consejo, pero Potha había aludido sufrir de unas cagaderas tremendas y propuso a Johny presentarse en su lugar para salvar la situación. La situación, en realidad, era que si el consejo veía al maestro Jetai Potha, descubrirían que este tenía tanto de Jetai como la maceta de la mesa de reuniones, y Potha no estaba dispuesto a que el Consejo descubriese el pastel. Por encima de todo estaba el honor de su amigo, que había confiado en él para la misión. Sin olvidar los dos mil créditos que le tendría que pagar, claro.

El aprendiz estaba acojonado frente a los maestros que formaban el Consejo Jetai. Pujoll, un maestro pequeñito y verde, que por su tamaño debía utilizar un mechero láser en lugar de una espada, fue el primero en intervenir. Su forma de hablar era un tanto enigmática, y en ocasiones era difícil entenderle.

Todos tu saludar querer. ¿Niño quien ese ser?

Yo traer niño tu...ehem, perdón –se disculpó Johny. Quiero decir, que me he atrevido a traer a este niño ante el consejo, porque mi maestro y yo creemos firmemente que tiene algo especial. Pienso que deberíamos probarle. Quizás podría ser un Jetai.

Un murmullo sacudió la sala. Los maestros Jetai siempre eran reacios a admitir nuevos miembros. Ser un Jetai en la sociedad espacial era un chollazo, no digamos ya, ser un maestro en el Consejo, y la competencia no gustaba precisamente a los ancianos que lo formaban. El día menos pensado llegaba un Jetai joven y te quitaba el puesto. Y hala, a soltar mandoblazos por ahí otra vez con el sable láser. Uno ya no estaba para esos trotes.

Quiero ser un Jetai –dijo de pronto Kein - Quiero defender la paz y la justicia, y perseguir la corrupción y la maldad.

Los maestros se miraron entre ellos y luego miraron a Kein, sintiendo una perturbación en su futuro. Parecía el tipo de niño repulsivo que luego crece y se convierte en un joven héroe de sonrisa Colgate y pelito Loreal porque yo lo valgo, que hace muchas preguntas, investiga, y finalmente destapa las pequeñas “irregularidades” del Consejo Jetai en el Senado. La perturbación estaba clara; Los miembros del Consejo habían sentido su culo en el estrado de un futuro juicio anti-corrupción.

Bien, joven Johny –dijo el maestro Pujoll con una sonrisa maliciosa- tu niño probar deberemos entonces.

Poco después, el niño ponzoña estaba enfrente del maestro Pujoll, sosteniendo este último una pequeña pantalla que mostraba dibujos de forma aleatoria. El niño debería descubrir que mostraban dichos dibujos sin poder verlos, demostrando así poseer cualidades de Jetai. En realidad, aquél era un viejo truco de los maestros del Consejo

cuando no querían admitir a un nuevo miembro. Adivinar lo que había en una pantalla que no podías ver...la gente es que se lo creía todo cuando se hablaba del instinto Jetai.

La pantalla se encendió y mostró una vaca morada.

Mmmmm... Es una vaca morada –dijo Kein sin pensárselo mucho.

Pujoll se hubiese puesto pálido de no ser porque era verde. Jodido niño. La pantalla mostró entonces un plátano mordido.

Es un plátano mordido –afirmó el niño automáticamente.

La prueba continuó con treinta y ocho imágenes más. Kein acertó treinta y siete. Pujoll no dió por válida la respuesta “es una bombilla” por no haber especificado los Watios de potencia. La precisión era la precisión, y los Jetai valoraban mucho esa virtud.

Dispuestos a desvelar el resultado, los maestros se miraron con cara de circunstancias. Al fin y al cabo, no iba a ser la primera vez que mentían.

Los sentimos –dijeron al unísono- no ha superado la prueba.

Patipati y la reina Amigdalas se encontraron a la entrada del impresionante edificio que albergaba al Senado. Patipati consideraba a la reina como una cría con la que jugar en su carrera hacia el poder universal, y esta por su parte, consideraba al Senador como un hombre maduro que abusaba del color negro en su ropa de diario. Por lo demás, se resultaban indiferentes. Tras un breve saludo, ambos entraron en el edificio. Una vez en el interior, la reina se dirigió hacia la Gran Sala de Debate, dónde los mejores y más prestigiosos eruditos escuchaban las reclamaciones de los pueblos que habían acudido hasta ellos para pedir justicia. Sin embargo, Patipati la detuvo.

Disculpad, majestad, pero es por ahí –dijo señalando una puerta en cuya cabecera se podía leer “Sala de justicia nº 38”- yo os esperaré en el bar, a los senadores no se nos permite entrar en las salas de justicia. Es una cuestión de formas, más que nada.

Amigdalas no podía creerlo. En lugar de encontrarse en prestigiosa audiencia ante la élite mental del universo, estaba en aquella sala cochambrosa, guardando cola junto a otros dirigentes menores. Al fondo, sobre el mostrador se leía “Impresos para reclamaciones” “Sistemas del 231 al 286”.

Tras una horrible espera, a Amigdalas le tocó su turno. Ante ella, un funcionario en cuyo pecho se podía leer “Hola, soy Robert, su juez” la miró con gesto indiferente.

Su papel de turno.

¿Que? -preguntó irritada la reina

Su papel de turno, por favor

¿Que significa esto?! ¡No tengo ningún papel de turno, soy la Reina de Buló!

Sin papel de turno no le puedo atender.

Amigdalas reparó entonces en una maquina rosa que expedía papelitos también rosas con números correlativos impresos. Sobre ella, un monitor rezaba: "SU TURNO: 128". La reina exigió que se la atendiese sin papel de turno, dada su condición, y el funcionario le respondió que mire señora que llevo aquí toda la mañana y no me toque las narices que llamo a seguridad. Tras discutir, patear y gritar unos diez minutos, la reina abandonó el mostrador y arrancó el papel de turno que le tocaba. Era el número 180.

Dos horas y media después, a Amigdalas le llegó el turno de nuevo, esta vez con papelito rosa.

Bien -dijo Robert, el juez, recogiendo el papelito- en pocas palabras, y brevemente, exprese la causa de su reclamación al Senado.

Eh...mi planeta ha sido invadido por la Confederación de Grandes Superficies -dijo Amigdalas algo confundida.

Bueno, bueno... ¿Así que invasión eh? Tenemos cientos de esos pendientes. En fin, me rellena usted estos impresos por triplicado, y los lleva a la ventanilla de aquí a la izquierda que se los sellarán ¿de acuerdo?

¿Pero, y el senado? - Preguntó la Reina que no comprendía nada- ¿Cuándo voy a tener audiencia con el senado?

Robert, el juez, se detuvo un momento, se quitó las gafas y miró a la reina con aire divertido, como si lo que hubiese escuchado fuese un buen chiste.

Me parece que usted no tiene mucha idea sobre como funcionan las cosas por aquí, ¿verdad?

Otra horita de cola después, Amigdalas salía de la sala de justicia nº 38, flipando más que si se hubiera tomado un tripi, con sus papeles sellados. Patipati la esperaba en el bar del Senado, tal y como habían acordado.

Ah, por fin, majestad -dijo el senador- empezaba a preocuparme. ¿Como ha ido?

Ocho meses –respondió la reina mirando al infinito como si estuviese ida- ¡Ocho meses! ¡Tardarán ocho meses en intervenir!

Si bueno...son las cosas de la burocracia, ya sabéis...hay cientos de sistemas, y las listas de espera...

¡Ya basta! –Interrumpió la Reina- ¡Ahora si que estoy cabreada que te cagas! Estos de la Confederación de Grandes Superficies no saben como me las gasto cuando se me tocan los ovarios. ¡Voy a volver a Bulo a liderar mi ejército hasta que reconquistemos todo lo perdido!

Ejem... os recuerdo que no tenéis ejército alguno –afirmó Patipati.

¿Ah si...? pues...pues... ¡pues entonces voy a organizar una misión desesperada y heroica para recuperar el planeta! Eso siempre funciona en las películas –Añadió triunfal Amigdalas.

¿Y en qué va a consistir, si puede saberse? –preguntó socarrón el senador.

Em...aún no lo sé. Hablaré con el maestro Jetai que nos ha defendido todo este tiempo, ese tal Potha. Estoy segura de que él tendrá alguna idea.

Ah, el Jetai, claro. Casi me había olvidado de él –mintió el senador. Recordaba al maestro Jetai perfectamente. Se había convertido en un problema, algo así como un grano de pus en el culo. Y pronto habría que reventarlo.

En la sala de comunicaciones de la nave transporte, Potha marcó por vigésimo octava vez el número de Wicot Morro, el maestro Jetai que le había metido en todo aquello, pero una vez más le respondió la voz metálica de su contestador: “Lo siento, ahora mismo estoy fuera salvando alguna parte del universo de la maldad y el terror. Deja tu mensaje después de la señal...piiiiii”.

En el momento en que Potha se disponía a poner de hijoputa para arriba a su amiguete por el frascal en el que le había metido, la Reina Amigdalas, apareció por la puerta de la sala de comunicaciones.

¡Ah! ¡Al fin os encuentro, noble maestro!

¿Qué pasa? –preguntó Potha sospechando de tanta amabilidad.

No sé si os habéis enterado, pero el Senado no nos ayudará –dijo amargamente la Reina.

¿Y?

Que vamos a organizar una desesperada misión heroica para recuperar el planeta - afirmó Amigdalas.

Ah, pues estupendo. Buena suerte -respondió Potha despreocupado.

He hablado con el Gran Consejo Jetai -replicó la Reina- Johnny se presentó inmediatamente voluntario para la misión, y como vos sois su maestro, resulta que es vuestra obligación el acompañarnos y dirigir la operación. En cualquier caso, no me cabe duda de que vos mismo os le hubierais adelantado de encontraros en el consejo...

Cualquiera que hubiese oído los pensamientos de Potha hacía Johnny en aquél momento, se hubiera escandalizado.

Eh, si claro, por supuesto -afirmó rápidamente Potha siguiendo con la farsa- ¿O sea que regresamos a Bulo?

Exacto.

¿Y nos apoya...?

Absolutamente nadie -dijo la Reina en actitud muy digna-. Por eso es una desesperada misión heroica.

Uno podría pensar que un verdadero maestro Jetai se hubiese sentido entusiasmado con la idea de protagonizar una misión de aquél calibre y dificultad, pero eso estaba bastante lejos de la realidad. Lo cierto era que los maestros Jetai se dedicaban, principalmente, a chupar de bote, mientras sus aprendices, hacían todo el trabajo, todavía inocentes seguidores de las doctrinas de lucha por la justicia y la libertad de los primeros Jetai.

A Potha le pareció, simplemente, una putada. Primero pensó en abandonar los dos mil créditos que según sus cálculos ya le debía su amigo, y largarse de aquél embrollo. Después recordó, que visto de forma optimista, él era un mercenario, y como tal, ya se había enfrentado a situaciones peligrosas antes. Y finalmente, decidió que le pediría cuatro mil créditos por aquél servicio extra a Wicot.

La última razón le animó mucho.

Está bien -afirmó con falso entusiasmo- les daremos una patada en el culo.

En el espacio puerto, Johnny se aproximó a Potha, que estaba entrando ya en la nave. El aprendiz parecía muy nervioso.

Ehem...hola maestro.

Al encontrarse con el aprendiz, a Potha se le pasaron dos ideas por la cabeza. Una, era darle una hostia. La otra, una bronca que te cagas por haberle comprometido con la causa de la Reina ante el Consejo. Finalmente, decidió dejarlo correr. Al fin y al cabo, iba a ganar cuatro mil créditos con aquello.

Buenas, Johny -dijo- ¿Listo para partir?

Eh...tengo algo que confesaros, maestro -susurró Johny gravemente.

Potha se entusiasmó. ¿Sería posible que aquél aprendiz de Jetai, que había mostrado una moral impoluta hasta aquél momento, hubiese hecho algo impropio? Quizás si que estaba siendo un maestro para él.

Suéltalo, muchacho -dijo Potha dándole un codazo con complicidad.

He decidido entrenar por mi cuenta a Kein, a espaldas del Consejo.

Las ilusiones de Potha se fueron al cuerno. Recordaba que le habían comentado que el niño ponzoña no había superado las pruebas para Jetai, pero aquello no le había sorprendido en absoluto. Como ya había dicho antes, sólo era un aborto de niño. Johny malinterpretó el rostro decepcionado de su maestro.

¡Sabía que os disgustaría! -Exclamó el aprendiz angustiado- ¡Pero tengo que hacerlo! ¡Ese niño es especial, puedo sentirlo!

La combinación del niño ponzoña con los rollos psicológicos de Jetai, le provocaron unos repentinos gases a Potha, que decidió acabar con el tema rápidamente.

Mmmmm... Si... yo también puedo sentirlo -fingió mientras presionaba los dedos contra su frente- Mmmmmm... lo veo, veo una perturbación...

¡Lo sabía! -Exclamó entusiasmado Johny- ¡Sabía que no podía estar equivocado! ¡También vos lo veis, maestro!

Pues claro, hombre... -dijo Potha condescendentemente mientras daba palmaditas en la espalda a Johny- no sufras más por la gentuza esa del consejo ¿vale? Están todos seniles. Ocúpate del niño ponz...de Kein y muéstrale el camino Jetai hacia la justicia, la verdad y todas esas cosas. Pero sobre todo, que no se acerque a mí, ¿De acuerdo?

¿Y eso? -preguntó intrigado Johny sin sospechar las intenciones de Potha de evitar todo contacto con el niño.

Pues... podría sufrir una sobredosis de conocimientos. Ya sabes, un aprendiz no puede tener dos maestros, son las normas.

Ah...nunca lo había oído –dijo Johny escéptico.

Claro. Por eso yo soy el maestro, y tú el aprendiz –subrayó Potha.

Desde su despacho en Compossan, Patipati contempló como la nave de la reina partía por fin, con los dos Jetais a bordo. La cría no se había tirado un farol, y se dirigía realmente a dirigir una misión heroica desesperada para tratar de recuperar la soberanía sobre el planeta. Otro villano hubiese pensado que unos pocos héroes no tendrían nada que hacer contra un ejército de droides perfectamente armado, pero Patipati no era un villano cualquiera, era un pedazo de cabrón, así que se dirigió a la sala holográfica para enviar un mensaje urgente a la Confederación de Grandes Superficies. Por si acaso.

Ajenos a todo ello, los tripulantes de la nave transporte que se dirigía a Buló llegaron a su destino sin tan apenas sufrir percances. En un alarde de genio estratégico, la Confederación había retirado su bloqueo una vez que la Federación de Pequeños Comerciantes había sido derrotada, dejando tan sólo la nave nodriza "Geiper" custodiando el planeta. Al fin y al cabo ¿qué podía pasar?

La nave transporte pasó en apariencia desapercibida para la "Geiper", y se dispuso a entrar en la atmósfera. En su interior, la Reina había convocado una reunión con objeto de trazar el plan que les llevaría a una inesperada y contundente victoria sobre la Confederación. A excepción del piloto, toda la tripulación se encontraba allí, incluidos Mezz y Seyla. Kein se quedó jugando a la Playstation en su habitación.

Os digo que es imposible –repitió el Jefe de Seguridad- jamás lo lograremos.

Eres un agorero –respondió la Reina. Las misiones heroicas desesperadas siempre funcionan. Lo he visto en las películas –añadió convencida. No podemos perder. Y además tenemos a los dos Jetais.

¿Y ya tenéis listo ese fantástico plan, maestro? –ironizó Julius dirigiéndose a Potha.

Por supuesto –respondió Potha sin tan a penas mirarle-. Pero necesitaremos la ayuda del bicho repugnante.

¿De mi? –preguntó Mezz sintiéndose inmediatamente aludido.

Exacto.

Una vez hubieron aterrizado, Potha le pidió a Mezz que fuese en busca de su tribu, pero este regresó diciendo que la ciudad subacuática estaba desierta, y que probablemente sus hermanos bicho se habrían refugiado en los pantanos ante el avance

del ejército Droide de la Confederación. Tanto mejor, pensó Potha. Eso facilitaría sus planes.

El falso maestro Jetai explicó su estrategia. Por un lado, Mezz convencería a su tribu de que avanzase sobre la ciudad, de manera que el ejército Droide saliese a su encuentro. Mientras tanto, el resto se dirigiría hacia la capital en una misión de comando cuyos objetivos serían capturar al líder de la Confederación, y liberar a los pilotos de la Reina, que usarían sus naves para atacar a la nave nodriza "Geiper" en órbita sobre el planeta. Viendo a su líder capturado, la Confederación no tendría más remedio que rendirse, y el "Geiper" caería en manos de la escuadra de cazadas de la Federación.

Es un puto suicidio –protestó el Jefe de Seguridad.

A lo mejor a ti se te ocurre algo mejor –respondió Potha molesto-. El plan es genial. No puede fallar.

Es verdad. Realmente parece un plan que se ajusta a una misión heroica desesperada –indicó la Reina satisfecha.

Lo cierto era que Potha había copiado, casi literalmente, el plan expuesto de una novela que había leído y que se titulaba "El Jetai Retornable" o algo así. El que el resto de personas presentes en la reunión desconocieran este dato, influyó notablemente en que el plan de Potha fuese aprobado por unanimidad. En realidad, Julius se abstuvo, pero una vez más, todos le confundieron con el cartero y dieron su voto por nulo. Así, un curioso grupo compuesto por dos Jetais, el Jefe de Seguridad, la Reina Amigdalas, Kein el niño ponzoña y Seyla marchó en pos de su destino.

No muy lejos de allí, Mezz y su tribu marchaba ya sobre la capital de Bulo. Los hermanos-bichos de Mezz no habían resultado difíciles de convencer, después de que los Droides les expulsasen a patadas de su ciudad subacuática. Eran inferiores numéricamente y tecnológicamente, pero por algo se trataba de una misión heroica desesperada. Si no, hubiera sido una misión heroica razonable, o incluso una misión heroica con grandes posibilidades. Y no era nada de eso. Ni de lejos.

El líder de la Confederación de Grandes Superficies, que sufría a su lado la desagradable presencia del Jetai Negro Hornful Kuernoshungo, se preparó para contactar con Patipati. El Jetai Negro había llegado a Bulo cumpliendo las órdenes del Senador, que no se fiaba ni un pelo de Gorka.

En el comunicador holográfico, una figura, cuyo rostro quedaba semicubierto por la capucha de una tenebrosa túnica negra, apareció de pronto, dirigiéndose al líder de la Confederación.

¿Como va todo? –preguntó Patipati al líder, con tono siniestro.

Sin problemas, milord. Las primitivas criaturas que expulsamos de la ciudad subacuática en que vivían han salido de los pantanos en un incompresible ataque suicida. He enviado a la mayor parte de mis fuerzas a aplastarles definitivamente.

De no ser porque el comunicador holográfico mostraba las imágenes de color verde, Gorka hubiese podido ver como Patipati se ponía rojo. Era realmente enojoso observar como sus lugartenientes caían una y otra vez en las típicas trampas de los héroes.

¡Es una maniobra de distracción, imbécil! ¿Es que no lo ves?

Um... ¿De quién? –preguntó confundido Gorka que tomaba ya un color blancuzco.

¡Pues de la Reina Amigdalas, evidentemente! ¿Acaso no la han detectado tus cruceros cuando se aproximaba al planeta?

Eh...si claro, los cruceros...pues es que...

¿Qué pasa con ellos? –preguntó un cada vez más irritado Patipati.

Bueno...los retiramos a sus bases...como ya habíamos ganado y eso pues...

El senador se echó las manos a la cara, moviéndola con gesto desesperado. Otro típico error de malvado capullín. Y ya iban dos. Aquello tenía todo el cariz de acabar muy mal. O sea, del estilo de “los buenos ganan ante los estúpidos y costantes errores de los villanos”.

Pero eso no le iba a pasar a él. A él no.

Um...eh... ¿Que hacemos ahora, entonces? –preguntó tímidamente Gorka, que ya estaba totalmente blanco.

¡Callate!. ¡Hornful! –Exclamó Patipati dirigiéndose al Jetai Negro- los dos Jetais se dirigirán hacia ahí para tratar de capturar al líder de la confederación. Siempre hacen lo mismo... Ocúpate de ellos. Respecto a ti –añadió señalando con dedo acusador a Gorka- aplasta a ese ejército de bichos inútiles y ponte a salvo. Que van a por ti, capullo –concluyó.

Confirmando los temores del Senador, el pequeño grupo de la Reina Amigdalas se deslizó sin demasiados problemas hasta el lugar en el que se encontraban cautivos los pilotos leales a Bulo, así como los guardias de seguridad de Julius que estaban también presos. Tras liberarlos, el curioso grupo que parecía apoyado por un ejército de carteros con Julius al frente, atacó el espacio puerto, dónde se encontraban los cazas inmóviles que el niño ponzoña miraba con admiración. Puede resultar curioso que el grupo de la Reina avanzase con tanta facilidad entre las decenas de guardias enemigos, pero hay que

tener en cuenta que los Droides Centinela eran algo así como el tonto del pueblo. Comprados de rebajas, vamos.

El ataque al espacio puerto se inclinaba rápidamente a favor de la Reina Amigdalas. “La máquina de picar carne” Johny abrió el paso de forma espectacular entre los Droides enemigos con su espada láser, mientras Potha...bueno, digamos que supervisaba el avance.

-¿Puedo subir a un caza? -preguntó Kein tirando de la manga de Potha.

¡Johny! ¡Te dije que este niño no se me acercase! ¡Recuerda lo de la sobredosis de conocimientos! -dijo Potha quitándose al niño de encima.

Sube al caza Kein, y no te muevas de ahí -ordenó el aprendiz- estarás seguro en su interior.

Pero...

¡Que te subas! -le increpó Potha, que se estaba teniendo que ocupar de algunos Droides el mismo, al estar Johny atendiendo al niño ponzoña.

En pocos instantes, el espacio puerto estaba en manos Reales, y los pilotos subieron a sus naves despegando rápidamente hacía la nave nodriza “Geiper”. Mientras tanto, el pequeño ejército al mando del Jefe de Seguridad se dirigía ya hacia la puerta que franqueaba el paso a los pasillos que llevaban a las estancias del líder de la Confederación.

De pronto, la puerta se abrió, y tras ella apareció Hornful Kuernoshungo. El Jetai Negro se quitó la capucha, mostrando su rostro ennegrecido, sus ojos rojos, sus tatuajes demoníacos, sus cuernos, y montones de cosas más que provocaron que el improvisado ejército de Julius, al que Potha había bautizado como “Los Carteros del Infierno” provocando el cachondeo general, se mojase los calzoncillos. Hornful activó su sable láser doble, efectuando algunas maniobras espectaculares con él, lo que contribuyó a que los calzoncillos de los Carteros, casi se desbordasen.

Este es cosa nuestra ¿verdad maestro? -preguntó Johny emocionado.

Ehem...un momento, no nos precipitemos...

He visto un segundo acceso un poco más a la izquierda -continuó Johny dirigiéndose al grupo. Nosotros nos ocupamos de este -afirmó sin quitarle ojo al Jetai Negro.

Los Carteros del Infierno y compañía salieron en estampida hacía el acceso indicado por Johny, alegrándose sobremanera de no tener que enfrentarse a semejante tipo ellos mismos. Estaba bien esto de tener dos Jetais de su lado.

En las afueras de la ciudad, el ejército Droide, cuatro veces más numeroso y equipado con el mejor armamento que se podía comprar de saldo en las rebajas del Toysaras, se enfrentaba a los valerosos miembros de la tribu de Mezz.

Sería bonito poder decir que Mezz y su primitiva tribu iban ganando gracias a su valentía y coraje, pero las cosas no ocurrían exactamente así. Quizás se hubiera podido haber dicho que la batalla era reñida. Pero eso tampoco hubiese sido muy justo. Una visión realista de la batalla obligaría a decir que los Droides les estaban haciendo migas. Por utilizar un eufemismo.

De no usarlo, tendríamos que especificar, por ejemplo, que la pata derecha de Mezz se había enganchado en las orugas de un Tanque Droide de la Confederación, siendo arrastrado al interior de sus engranajes y... Bueno, lo que paso después se podría resumir con un "-CHOF-".

Mezz descubrió que no todos los tanques eran antigravitatorios.

En el espacio, la batalla tampoco iba demasiado bien para las fuerzas de la Reina. La nave nodriza "Geiper" había lanzado a sus cazas a interceptar al enemigo, y las cosas se estaban poniendo muy feas.

En el espacio puerto, se sucedían dos escenas. En la primera, Kein, deseoso de unirse a las fuerzas espaciales de la Reina, toquiteaba los mandos del caza, con la esperanza de ponerlo en marcha. El niño ponzoña activo los limpiaparabrisas, el ajuste del retrovisor y el radiocassette antes de activar el piloto automático. El caza comenzó a moverse por fin, y Kein se colocó emocionado el casco de piloto. Momentos después, el niño ponzoña se dirigía hacia el espacio para unirse a la batalla estelar.

En la segunda escena, tres Jetais eran los protagonistas. O más bien, dos Jetais, pues Potha había decidido salir por patas, tentado por los cazas del espacio puerto que ya controlaban, y que le permitirían escapar al fin del gigantesco embrollo en el que se había metido.

Ni cuatro mil créditos ni leches. Los Jetais Negros eran conocidos en el universo por la alta mortalidad que sufrían los que se cruzaban con uno.

Muchacho, -dijo Potha gravemente- ha llegado el momento.

¿Cómo? -preguntó Johny mientras el Jetai Negro esperaba que sus rivales se le echasen encima.

Tu aprendizaje conmigo, está a punto de terminar. Estás ante la última prueba que debe superar un Jetai para convertirse en un maestro: Derrotar a un Jetai Negro - mintió Potha haciendo un exagerado gesto dramático.

Johny miró a su maestro, y después a Hornful. Era sin duda el combate definitivo. Nada volvería a ser como antes tras él.

No os decepcionaré, maestro –afirmó sobriamente Johny.

Estoy convencido de ello muchacho –dijo Potha poniendo su mano en el hombro del aprendiz.

¿Que haréis vos?

Voy a pilotar uno de esos cazas para ayudar en la batalla que se está librando en el exterior del planeta –mintió Potha que sólo pensaba en escaquearse con la nave-. Confío plenamente en que tú te ocuparás de lo que ocurra aquí abajo.

Gracias, maestro.

De nada –afirmo Potha. Y se alejó del aprendiz corriendo en dirección a un caza próximo.

Johny se dió la vuelta, encarándose hacia el Jetai Negro, y se lanzó hacia él, obligándole a retroceder tras la puerta en la que había aparecido. Después, esta se cerró tras ellos.

Potha se puso a los mandos del caza y lo puso en marcha. Se colocó el casco y los guantes y se dispuso a abandonar el planeta, la misión y a la madre que los parió. Maricón el último.

En los pasillos, el grupo de la Reina Amigdalas, Seyla y el Jefe de Seguridad también sufría problemas. Atrincherados tras una barricada de muebles, su avance hacia las habitaciones del líder de la Confederación de Grandes Superficies se había visto detenido por dos enormes Droides que disponían de escudos de energía y de muy mala leche. Los Carteros del Infierno sufrían muchas bajas, y ya no sumaban ni media docena. De pronto, un proyectil láser impactó de lleno en el traje de la Reina Amigdalas, atravesándolo. No es necesario decir, que el proyectil atravesó también las costillas de la Reina, pulmón y medio y algún otro órgano menor. Amigdalas se desplomó.

¡Dios mío! ¡La Reina ha muerto! –gritaron tres hombres al unísono. ¡Estamos perdidos!

¡Nada está perdido! –afirmó Julius. ¡La verdadera Reina Amigdalas es Seyla Kueendyncognito! ¡La pobre muchacha que ha muerto, sólo era su guardaespaldas!

Seyla se dispuso a corroborar la impactante información del Jefe de Seguridad, pero otro proyectil láser procedente de los Droides le voló la cabeza, impidiéndoselo. Su cuerpo, cayó sin vida junto al de su guardaespaldas.

Kein se encontraba entusiasmado. A su alrededor, decenas de cazas de uno y otro bando, se encontraban enzarzados en un temible combate estelar. Curiosamente, todos parecían ignorarle, y el camino parecía despejado para aproximarse a la nave nodriza "Geiper", que parecía indefensa. Kein escrutó de nuevo el panel de mandos que se mostraba ante él, buscando el botón que cargase los torpedos del caza, diseñados para destruir naves nodriza como aquella siempre que uno se colocase suficientemente cerca. Tras un momento de duda, decidió presionar un par de ellos al azar. Al fin y al cabo, así había logrado que la nave saliese del hangar al espacio.

El primer botón activó el aire acondicionado. El segundo, la eyección del piloto.

El niño ponzoña tardó unos instantes en saber lo que estaba pasando. Y lo que estaba pasando es que ya no estaba en el relativamente confortable asiento de su caza, sino en una pequeña y vulnerable cápsula de eyección que flotaba en el espacio sin ningún control. Kein miró por la pequeña ventana de su cápsula y observó aterrado como un caza se dirigía directamente hacía él, en trayectoria directa de colisión. También era mala suerte, con lo grande que era el espacio.

La nave de Potha dio un bandazo, sobresaltándole. Parecía como si hubiese chocado contra algún pequeño obstáculo, algo metálico a juzgar por el ruido que había oído en el interior de su cabina.

Era un problema, esto de la basura espacial, pensó. Alguien debería hacer algo al respecto. Potha pidió un informe de daños al ordenador, mientras dejaba atrás la batalla espacial, que ya perdían claramente las fuerzas de la fallecida Reina Amigdalas. Todo parecía funcionar correctamente.

El mercenario introdujo las coordenadas de un puerto espacial ilegal situado en una cadena de asteroides cercana en el que podría tomar unas cervezas con lo que sacara del caza con el que había dado por terminada su participación en el follón de su, probablemente ex-colega, el maestro Jetai Wicot Morro. Demasiado había aguantado ya.

Mientras se alejaba a toda velocidad de la batalla estelar, Rantor Potha pensó que las cosas no habían salido tan mal, después de todo. Un caza como aquél valía mucha pasta, aunque se depreciaría considerablemente en el mercado negro. Los contrabandistas sabían muy bien a que precio comprarte las cosas cuando se veía que necesitabas el dinero. Pero bueno, serviría para tapar algunos agujeros y le permitiría pasar una temporadita de relax. Sinceramente, necesitaba unas vacaciones.

Muy atrás, la batalla tocaba a su fin. La nave nodriza "Geiper" y sus cazas derribaron a las últimas naves leales a la Reina. El planeta Bulu, sede de la Federación de Pequeños Comerciantes, sería absorbido definitivamente dentro de la Confederación de Grandes

Superficies. Muy lejos de allí, Patipati se frotaba las manos. Era un villano, y había ganado. Aún no se lo podía creer.

EPILOGO

El vapor de la sauna lo inundaba todo, limpiando los pulmones de Wicot Morro, que disfrutaba relajado de las vacaciones que se había autoconcedido. Potha pasó por un segundo por la mente del maestro Jetai. Volvió a relajarse. Nada podía haber salido mal. Sólo era una misión diplomática.

Hola maestro –sonó una voz de pronto.

Wicot miró a su alrededor, pero el vapor de la sauna le impedía ver más allá de sus narices.

¿Quién es? –preguntó.

Soy el aprendiz al que teníais que haber recogido hace unos días. He estado revisando los ordenadores del Consejo Jetai.

¡Ah! ¡Johny Kortado! –exclamó el maestro Jetai algo violento-. Oye, siento lo de haberte dejado al cuidado de ese mercenario pero...en fin, es muy largo de explicar. No habréis tenido ningún problema, supongo.

Alguna cosilla –dijo Johny con una voz que hubiera espantado al diablo.

No me digas que ese Potha te metió en algún lío –se interesó Wicot.

Resumiendo, acabé enfrentándome con un Jetai Negro. Contra todo pronóstico, le derroté.

Um... ¿Un Jetai Negro? –sé espantó el maestro- pero eso es terrible... ¿Como...?

Sufrí heridas –interrumpió Johny con voz glacial- Muchas heridas. Todas las heridas posibles, en realidad.

El maestro parpadeó nervioso tratando de ver a su interlocutor entre el vapor de la sauna. Hostil no llegaba a definir como sonaba el tono del aprendiz. Un aprendiz que había derrotado a un Jetai Negro.

Todo mi cuerpo está ahora formado por implantes mecánicos –continuó Johny gravemente- sólo me ha quedado una parte original.

Em...si...claro –dijo Wicot totalmente acojonado y tanteando la pared en busca de la puerta- ¿Y cual es...? –preguntó, tratando de mantenerle ocupado.

La que te voy a meter por el culo –dijo Johny agarrando los glúteos del maestro con sus nuevas y poderosas manos biónicas.

En Compossan, el Senador Patipati se despertó lanzando un grito en plena noche. Sudaba copiosamente y le temblaba todo el cuerpo. La pesadilla había sido atterradoramente real.

¿Os ocurre algo, milord? –preguntó un sirviente que entró alarmado en la habitación.

He tenido una pesadilla terrible –jadeó el Senador-. Yo...yo era el amo de universo...y entonces construía una Superestación Armada. Con ella yo era capaz de destruir planetas a voluntad.

No suena tan mal –afirmó el sirviente.

Si, pero entonces surge un grupo de rebeldes, y mis ingenieros se dejan un agujero absurdo en la construcción de la Superestación...y los rebeldes entran por él destruyéndola, conmigo dentro.

Vamos, vamos... –dijo tranquilizador el sirviente- ¿Quién iba a construir un arma tan poderosa para dejarse luego un agujero como ese en su diseño? Que tontería.

Es verdad –dijo Patipati convencido-. Es una tontería.

Y los dos se echaron a reír.

Y MIENTRAS SALEN LOS CRÉDITOS...

Los restos de Mezz Repulzaz se engancharon en las piezas de la oruga del Tanque que le aplastó, provocando un cortocircuito que lo hizo explotar. Mezz logró molestar hasta después de muerto.

Julius, el Jefe de Seguridad de la Reina Amigdalas, logró sobrevivir a la batalla en los pasillos. Acabó aceptando su destino, y actualmente trabaja como cartero en el servicio postal de Compossan.

La cabeza de Kein Sufrivle, a excepción del resto de su cuerpo, no sufrió daños graves en el impacto contra la nave pilotada por Rantor Potha. Un carguero mercante la recogió y tras un tratamiento médico masivo, algunas de sus funciones pudieron ser reconstruidas. En la actualidad forma parte de la exposición "cabezas parlantes" del profesor Himmelriser, en el planeta Horizon.

El alienígena marrón con acento musical reclamó los cuerpos de la Reina Amigdalas y su guardaespaldas como supuesto pago de una apuesta. La Confederación de Grandes Superficies no puso objeciones a la reclamación. Se desconoce su destino actual.

Rantor Potha no logró vender el caza. Tan sólo pudo cambiarlo por una destartalada nave-carguero a la que bautizó como "La Ladilla". Tiempo después se le uniría su, en el futuro, inseparable compañero. Un anciano escuchimizado y calvo llamado Smanley.

Pero eso, es otra historia...